

Esa noche me senté ante la televisión sin mayores expectativas. Se aproximaba la hora de las noticias y casi como cumpliendo un antiguo y gastado ritual tomé ubicación frente a la pantalla. A pesar de que las jornadas de protestas de ese año 83 habían introducido otro ritmo a la melodía militar y la censura que impregnaban los noticieros, la violenta represión con que respondió la dictadura a la masiva movilización social de repudio, había instalado en los hogares nuevamente el miedo inminente. Un temor con revestimientos dramáticos y que no se vivía con esa intensidad desde los días del Golpe de 1973.

Era noviembre y el calor tibio se introducía por todos los rincones removiendo los residuos

de lo que sucedía en mi mundo y lo que intuía o dibujaba más allá del horizonte por obligación. Lo hice cuando los militares irrumpieron en el país y destruyeron la Imprenta Horizonte y arrasaron con nuestros escritorios en las oficinas de calle Lira. Allí fueron aplastadas las fotos de mis dos hijas y también la última carta de amor enviada por mi esposo en medio de las intensas, comprometidas y agitadas jornadas laborales de esos días de septiembre de 1973. Allí también quedó mi inseparable grabadora, la que había logrado comprar después de mucho admirarla en la vitrina. No quería siquiera pensar en qué estado habría quedado la foto de mi padre. Y me estremecía al pensar en que la foto en que mi hija Andrea estaba en los brazos del general Carlos Prats

Mónica González, periodista, y su búsqueda por la motivación:

“EL INSTANTE EN QUE RECUPERÉ MIS DEDOS Y LA MAGIA...”

de oscuridad olvidados desde el último invierno. Me acomodé en el sillón y con los pies descalzos comencé a jugar con las baldosas del piso. El cosquilleo inquietante se iba expandiendo por mi cuerpo y se hacía más molesto a medida que la pantalla transmitía sus imágenes con discursos chatos, sin emoción ni horizonte y menos interpretación de lo que ocurría. Parecían todas noticias salidas de una oficina de relaciones públicas de alguna sombría academia militar. O de un banco. Porque el abuso de las estadísticas con las que se intentaba convencernos de que Chile avanzaba por una senda de paz y progreso, era francamente majadero. Al punto que el cosquilleo ya era francamente insoportable.

Fue entonces que me rendí a la evidencia: mi nerviosismo, porque eso era, no se debía al temor a que nuevamente arremetiera ante mi hogar –o el de alguno de los míos– un auto sin patente y con hombres encapuchados. Mal que mal ya nos habíamos acostumbrado a enfrentar lo impredecible con la sola fuerza de la confianza. Mi miedo era otro. A los 33 años acababa de asumir la osada tarea de regresar al periodismo después de 10 años de haber salido de sus redes. Claro, no abandoné mi máquina de escribir por otro amor. Y menos por otra pasión. Me fui de la observación y el relato

frente a La Moneda (sacada un día sábado en que mi hija de sólo 4 años debió acompañarme a mi trabajo por problemas domésticos) estuviera siendo manoseada por ojos arteros. Quizás a qué manos fue a parar mi block de notas. Aquel donde escribía también ideas para nuevos reportajes y también pequeñas penas y alegrías, también recetas de cocina con las que planeaba agasajar a mi familia y amigos, así como los recordatorios de las compras y regalos que no podían faltar para esos días. Allí en ese escritorio, al que llegué a querer entrañablemente, había quedado la larga crónica que había comenzado a escribir sobre María, la niña de pies descalzos y ojos tristes que en las mañanas de un invierno de 1963 me había hecho descubrir que yo quería algún día cambiar el mundo. No quería más Marías en las calles. Tenía yo solo 13 años y María se quedó para siempre en mi retina cuando la vi por última vez con su cuerpecito ensangrentado. María se extinguió en los mismos días que mi padre también se fue. Y en ese block, en mayo de 1973, yo había comenzado a tirar líneas sobre la historia de María para luego dar el salto y comenzar en serio a recordar y escribir. Lo hice cuando comprendí con el vientre y la razón que lo único que uno no podía perder era la capacidad de soñar. Vibrar ►►

El instante en que recuperé, mis dedos y la magia...". [artículo]

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El instante en que recuperé, mis edos y la magia...". [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile